

LA MUGER DE MEDIO SIGLO.

'omedia original, en un acto y en prosa, por los señores D. Francisco Botella y Andrés, y D. Vicente de Lalama, *para representarse en Madrid, el año de* 1858.

PERSONAS.

Doña Sabina.
Rosa.
Federico.
Don Tadeo.

Un pabellon cerrado que sirve de tocador, sin mas municacion que la del foro, y ventanas á los lados; si- ıs, butacas, un velador, un tocador con botes y frascos.

ESCENA PRIMERA.

ıña Sabina, Rosa, *que está acabando de vestirla.*

ısa. Ea, ya está usted vestida.

.b. Si me sucederá lo que todos los dias? Habrás puesto un lado mas alto que el otro, ó se estarán viendo los postizos de las cocas? (*mirándose al espejo.*) No lo dige! Qué horriblemente me has peinado hoy, Rosa! Parece que no tienes ojos en la cara! No ves esto?

ısa. Pero qué quiere usted que haga, señora? Tiene usted tan poquito pelo...

b. Poco! Ya quisieran tener algunas el que á mi me sobra!

ısa. El que le sobra al añadido?

b. Silencio, bachillera! Has arrancado aquellos pelitos blancos que se veian esta mañana?

ısa. Diga usted esas canas; las cosas deben llamarse por su nombre.

b. Canas! Canas! No parece sino que yo tengo un siglo para que me salgan canas! Son cabellos blancos, producidos... por los disgustos de la vida!

sa. Pues no se vé ni una; la he puesto á usted la cabeza tan brillante, como el charol. Conque, vamos á ver, falta algo?

b. No, ya estoy corriente. Ah! ve á preparar el almuerzo de la perrita.

sa. (Maldito animal!)

b. Y cuidado que la des mucho; dos biscochos y una tacita de leche.

a. Está bien. (Los bizcochos me los comeré yo... y le daré agua á la perrita.) (*vase.*)

ESCENA II.

Doña Sabina.

Ea, ya estoy vestida; hoy hemos tenido que adelantar los oficios. Ya se vé, estoy esperando un convidado, y no era cosa de que me cogiese desprevenida y de *negligée.* Pobre sobrinito mio; cuánto deseo tengo de verle! Es el único hijo de mi prima, á quien tanto quise, y como no le conozco todavia... Creo que no debe tardar; son las once y media, y me escribe que llegará de once á doce. A quien Dios no le dá hijos... el diablo le dá sobrinos.

ESCENA III.

Dicha, y Rosa *con un enorme miriñaque, armado, capaz de ocultarse dentro una persona, y cubierto por fuera con un lienzo blanco como una enagua.*

Rosa. Señora, aqui traen este mueble, de parte de la modista francesa de la calle del Cármen.

Sab. A ver, á ver... (*examinándole.*) Magnífico!.. Sorprendente!.. Para esto de los postizos y adornos, no hay otras como las francesas! Ellas les dan un corte y un aire!.. Apuesto á que con él voy á dar golpe en el Prado!

Rosa. Tenga usted cuidado con el aire, porque si se levanta, es capaz de elevarse como un globo.

Sab. Calle la bachillera! Qué entiende ella de esas cosas! (*suena la campanilla.*) Pon esa jaula junto al tocador, y ves á ver quién es quien llama.

Rosa. (Maldita vieja verde! Que no las quemasen á todas!)

Sab. Gruñe, gruñe, deslenguada! Mas te valiera cuidar de tu obligacion, y no entrometerte en lo que no te importa. (*voces y ruido dentro.*) Qué voces y ruido se sienten en la antesala! Parece una plaza de toros! Quién será?

ESCENA IV.

Doña Sabina, Federico.

Fed. Dejadme, dejadme; quiero abrazar á mi tia. (*dentro.*)

Sab. Dios mio, él es; él es!

Fed. Doña Sabina Olivarte?

23

SAB. Federico!

FED. Ah! querida tia! No necesitaba preguntarlo; es usted el vivo retrato de mi pobre madre.

SAB. Sobrino de mi alma! Cuánto deseaba tu llegada!

FED. Ya me tiene usted aqui.

SAB. (Es búen mozo mi sobrino!)

FED. (Calle! Pùes mi tia está frescota todavia!)

SAB. Con que cuéntame, cuéntame, ingrato sobrino; qué es de tu vida? Sin venir hasta ahora á conocer á la última parienta cercana que te queda; á la única prima de tu madre!

FED. Qué quiere usted, tia? He llevado una vida tan agitada...

SAB. Es claro; siempre viajando.

FED. Los viajes son mi mayor placer! Ahora vengo de Nápoles; antes estube en París, en Bruselas, en Lóndres, en San Petersburgo, en Constantinopla... Ay! tia! Constantinopla! Qué bien se vive allí! Cada hombre tiene lo menos ochocientas mugeres!

SAB. Jesus, qué barbaridad!

FED. En fin, tia, traigo un apetito horrible; necesito comerme dos docenas de huevos frescos, pasados por agua. Oiga usted, tia; que llamen al sastre en el momento, quiero que me tome medida de un trage completo. Mire usted, tia, que manden por un palco, para esta noche del teatro real. Escuche usted, tia, que alquilen para las cinco una carretela abierta, tendré que salir á esa hora. Atienda usted, tia, que avisen al peluquero y al perfumista, para darles mis órdenes. Dispense usted, tia, puede usted prestarme seis mil reales que me hacen falta?

SAB. Pero sobrino, estás en tu juicio? Me has dicho veinte cosas á la vez; cómo quieres que yo me acuerde de todas?

FED. Pues acuérdese usted de la última, aunque se le olviden las demás.

SAB. Ya sabes que mi casa y mis medios, están á tu disposicion.

FED. Gracias, ya iré disponiendo conforme se me ocurra. A propósito, tia; sabe usted que está usted todavia muy fresca y muy... Vamos, vamos, es usted capaz de darle un chasco al más listo. No, pues usted no es jóven; mi madre se murió de cerca de sesenta años, y usted era mayor.

SAB. Estás loco! No señor, yo he sido la mas pequeña de la casa; yo tenia diez años menos que tu madre.

FED. Bueno, eso me es indiferente. Me han dicho, que tiene usted tertulia, y que aqui se puede echar de largo y...

SAB. Vamos, vamos, está visto, tienes muy buen húmor.

FED. (*cogiendo un frasco negro que hay sobre el tocador.*) Esto es tinta, tia?

SAB. (Ay, Dios mio! El cosmético de París!) No... es charol.

FED. Hombre, me alegro; casualmente le necesito para limpiar las botas Lo guardaré para despues. (*se lo guarda en el bolsillo.*)

SAB. (Cielos! Se va á limpiar las botas con el cosmético!)

FED. Con que vamos á ver, querida tia, en qué quedamos? Almorzamos, ó nos estamos aqui de conversacion todo el dia?

SAB. Si, en el momento, en el momento. (Qué genio tan vivo tiene mi sobrino!) Rosa, Rosa?

FED. Quién es esa Rosa?

SAB. La criada, hombre, la criada.

ESCENA V.

Dichos, ROSA.

ROSA. Mande usted, señora?

FED. Ola! Rosita encantadora! Tia, tiene usted una criada como una perla. Ven, hermosísima, dame un abrazo.

SAB. Sobrino?

ROSA. Eh, arre allá. Pues me gusta la franqueza!

FED. No temas, muchacha, ven acá; soy el sobrino de tu señora.

ROSA. Mas que sea usted el gran Sultan! Pues no faltaba mas!..

FED. Tia, las españolas son sumamente ariscas; vamos, señora Maritornes; marquesa del estropajo, lárguese usted de aqui, y ponga aceite á la lumbre para freir tres docenas de huevos.

ROSA. (Pues no trae poco apetito, en gracia de Dios, el demonio del silvante.)

SAB. Haz lo que te manda el señorito.

ROSA. (Nos ha caido la loteria con el sobrino.) (*vase.*)

ESCENA VI.

SABINA, FEDERICO.

FED. Usted baila, querida tia?

SAB. Esos tiempos ya pasaron!

FED. Cómo esos tiempos! No parece sino que es usted una vieja! Si está usted hecha un pimpollo, querida tia!..

SAB. Eh... adulador!

FED. No señora; nada de adulacion; justicia, justicia seca. Tiene usted un talle como una sílfide...

SAB. Vamos, muchacho!

FED. Una tez sonrosada, como la aurora; unos lábios frescos como un clavel...

SAB. (Qué finos son los hombres que han viajado!)

FED. Un pie tan pequeño, como un piñon, una gracia... un salero... Dígame usted, tia, tiene usted por ahi seis mil reales sueltos, que me hacen falta? (Y va de dos; á ver si entiende la indirecta.)

SAB. Calla, calavera, calla; ya te los daré despues. Vete ahora á almorzar.

FED. Santa palabra! Queridísima tia, hermosísima tia, estoy á tus pies. (Yo te sacaré los cuartos, pierde cuidado!) (*vase foro derecha.*)

ESCENA VII.

SABINA.

El demonio son los jóvenes! Qué guapo y qué vivo es mi sobrino! Asi me gustan á mi los hombres! Un poco atrevido... pero no importa, eso va en la edad; lo mismo era yo, cuando tenia quince años. Ay! por cierto que trae malos resultados ese aturdimiento! Sin él, no hubiera yo dejado escapar la ocasion de casarme con un capitan, que hoy seria lo menos mariscal de campo. Asi, me he quedado para tia; pero no importa; vivo perfectamente, y con la renta que me produce el capitalito que tengo en circulacion, pasaré una vejez tranquila y sosegada.

ESCENA VIII.

DOÑA SABINA, DON TADEO.

TAD. Téngalos usted muy buenos, señora doña Sabina.

SAB. Ola! don Tadeo; me alegro mucho de verle á usted por aqui.

TAD. Ocurre algo? Por qué no me ha mandado usted á llamar? Yo, como su agente de negocios, que soy, me encuentro siempre á las órdenes de usted!

SAB. No, no era cosa urgente. Cómo van nuestros asuntos, don Tadeo?

TAD. Perfectamente; ya tiene usted colocados los veinte mil duros, al seis por ciento, el rédito legal.

SAB. Si, si, no hay que separarse ni una línea de ese tipo; la conciencia no permite mas.

TAD. Asi se hace.

SAB. Sabe usted que tengo un huéspede?

TAD. Ha venido ya el sobrinito?

SAB. Llegó esta mañana.

TAD. Me han dicho que es un poco calavera.

SAB. No lo crea usted; vivo de genio como toda la familia, pero nada mas. Ahora necesitaré algunos fondos, porque ya vé usted, no he de permitir que él gaste nada, mientras esté en mi casa.

TAD. Me parece muy bien. Pues orillaremos la cuentecita, y luego, si quiere usted disponer de algun metálico...

SAB. Si, vamos, vamos á mi gabinete, donde podremos hacerlo con mas comodidad.

TAD. Donde usted guste.

SAB. Ya verá usted, ya verá usted qué sobrino tan buen mozo! (*vanse foro izquierda.*)

ESCENA X.

FEDERICO, ROSA; *la escena queda sola un momento; se oye ladrar un perrito, poco despues salen Federico y Rosa.*

ROSA. Ay! ay! le va usted á matar! Dios mio, (*saliendo.*) pues no le ha pegado flojo puntapié.

FED. Y le pegaré quinientos, mientras me queden fuerzas en la punta de la bota. Yo le haré aprender educacion á ese avechucho.

ROSA. Pero qué sabe él! Pobre animal!

FED. Conque pobre, eh? Pobre, y ha venido á mearse en mis pantalones?

ROSA. Toma! esa es su costumbre!

FED. Pues no te dé cuidado, que yo le corregiré!

ROSA. (Qué lástima que sea tan calavera, porque es guapo mozo el sobrino!)

FED. Con que, Rosita, hagamos las paces; te he de comprar un collar de lapizlázuli, y unos pendientes de oro-mate.

ROSA. Gracias, señorito.

FED. Y por de pronto, toma esta monedita.

ROSA. Gracias. (Qué amable es, y qué buen muchacho!)

FED. (A ver si puedo sacarla algo.) Dime, Rosita, hace mucho que sirves á mi tia?

ROSA. Seis años.

FED. Ola! Entonces ya casi serás su confidenta. Está jóven mi tia aun, verdad?

ROSA. De todo hay; no es oro lo que reluce.

FED. Como!

ROSA. Las mugeres tenemos nuestras debilidades; y ya se vé, por parecer jóvenes... La señora se tiñe el pelo.

FED. Eso es *pecata minuta*.

ROSA. Lleva los dientes postizos.

FED. Pche...

ROSA. Y si hablára la modista...

FED. Las modistas son como los confesores, callan los defectos de sus penitentes! Y dime, tu nó sabes si tiene por ahi algun... algun... vamos, ya me entiendes.

ROSA. Ah! no señor; en cuanto á eso, nó he notado jamás nada de particular.

FED. Ella es aficionada á llevar buena vida, á divertirse, etc...

ROSA. Pche... no la disgusta.

FED. Baila?

ROSA. Ahora ya no; antes tocaba y cantaba muy bien.

FED. Ola; es un estuche de habilidad, porque tambien creo que pinta.

ROSA. No señor.

FED. No? Pues yo he visto sobre la mesa, unos pinceles y una cajita de colores.

ROSA. Ja... ja... ja!

FED. De qué te ries, muchacha? Los pinceles son para pintar.

ROSA. Si señor, pero esos, aun cuando son para pintar, no son para pintar.

FED. No entiendo.

ROSA. Son para pintarse.

FED. Ah! conque tambien mi tia acostumbra á rebocarse el rostro?

ROSA. Toma! Hoy dia, no solo las viejas lo hacen; las jóvenes, señorito, las jóvenes tambien se pintan!

FED. Te aseguro que tienen malditisimo gusto! Dime, Rosita, mi tia tendrá un gato bastante bueno, eh?

ROSA. Si señor, magnífico; es de Angola, con las orejas negras. No lo ha visto usted en el comedor?

FED. No, muger, no digo eso. Hablo del gato metálico.

ROSA. Ah! dinero, eh? Ya lo creo que tiene.

FED. Me das una gran noticia, que te recompensaré generosamente.

ROSA. Le falta á usted acaso?

FED. Ay! Si, hija; hace tiempo que no tengo un cuarto... de hora de lugar, para nada. Y luego con tantas desventuras que me han sucedido, desde que estoy en Madrid...

ROSA. Pues si ha llegado usted hoy mismo...

FED. No, Rosa, no; hace quince dias que estoy aqui.

ROSA. Cómo!

FED. Si, no le digas nada á mi tia. Vine de oculto; guiado por los encantadores luceros de una niña celestial, á quien su papá hizo traer á la córte, para librarla de mi amor. El padre debe de ser un energúmeno; yo no le conozco, pero es el caso, que la niña estaba en Málaga, con su abuela; que la vi, que me gustó, y que nos amamos mútuamente. El padre supo nuestra pasion, y de la noche á la mañana la hace venir á su lado; yo, que tuve noticias, corro tras de ella, y llego á Madrid, sin saber dónde vive, ni por dónde para. Hace ocho dias que la busco sin cesar; no tenia intencion de ver á mi tia, pero anteanoche dió la casualidad, que me ganaron á un entrés el capital, y entonces dije; no me queda mas remedio, que acojerme al amparo de mi tia; la escribí, fingiendo que llegaba para verla, y aqui me tienes.

ROSA. Pues la señora le quiere á usted mucho.

FED. Yo aprovecharé ese cariño. Al fin y al cabo, una soltera de cincuenta años, ya no sirve más que para que la esploten los sobrinos.

ROSA. Y como usted es su único heredero...

FED. Ay! cuánto deseo encontrarme en posesion de su herencia! Pobre señora, Dios que la conserve la vida muchos años! Calla, que me parece que oigo sonar dinero.

ROSA. Efectivamente, están contando en el gabinete de la señora.

FED. Oh! deliciosa música!

ROSA. La señora está hablando con alguien, y parece que se acercan. Dios mio, si nos encuentran aqui juntos, dirá que la estábamos espiando! Qué desgraciada soy! (*todo esto muy de prisa.*)

FED. Tienes razon! Y ahora, es imposible el salir! Dónde me esconderé?

ROSA. Aqui no hay armarios ni mesas... (*mirando al miriñaque.*) Aqui, señorito!

FED. (*rehusando.*) Muchacha, estás en tu juicio!

Rosa. Pronto, que llegan. (*coje del brazo á Federico, y le hace acurrucarse, y le planta encima el miriñaque, colocándose ella delante.*)

ESCENA X.

Dichos, Federico *oculto, y* Doña Sabina *y* Don Tadeo *que salen foro izquierda; este sin sombrero.*

Sab. Qué hacias en el tocador, Ròsa?
Rosa. Le estaba arreglando... y limpiando los peines.
Sab. Vete allá fuera, que luego lo harás... Dime, qué hace mi sobrino?
Rosa. Lo dejé almorzando en el comedor...(Dios quiera que no le descubra!) (*vase foro derecha.*)
Tad. Con que estamos corrientes?
Sab. Si, creo que tendré bastante para los gastos indispensables. Y lo dicho, señor don Tadeo, es necesario que Federico no le vea á usted; puede sospechar...
Tad. Corriente; siempre que venga, mientras esté él, lo haré de oculto.
Fed. (*sacando la cabeza por la abertura.*) Ola! mi tia hablando con un hombre!
Sab. Si, conviene que no nos vea juntos.
Fed. (Demonio, si será su amante?)
Tad. Es lo mejor; usted me mandará recado, cuando pueda recibirme, para que estemos solos.
Fed. (Lo dicho! Pícara tia! Esas tenemos?...)
Sab. Estas cosas, cuanto mas ocultas, mejor; no hay necesidad de que se entere...
Tad. (Tiene interés en ocultarme sus amores! Yo los esplotaré.)
Sab. Puede venir, y no quiero... Márchese usted, don Tadeo.
Tad. Voy á su gabinete de usted, porque me he dejado alli el sombrero. (*vase foro izquierda.*)
Sab. Si, eso es lo mas acertado; por ahora nada necesito, y si quiero que venga don Tadeo, aprovecharé los momentos en que Federico esté fuera de casa, porque si llegase á saber...
Fed. (*sacando la cabeza por la abertura del miriñaque, y dejándoselo colgado en su cintura, cuyas cintas se ata mientras habla.*) Es inútil toda reserva, pues lo acabo de escuchar! Quién habia de decir que una muger tan honrada como usted, tendria algo que ocultar!
Sab. Qué estás diciendo?
Fed. Lo he escuchado todo desde este miriñaque, y he visto tambien á su atrevido cómplice.
Sab. (Malo! ha oido nuestra conversacion.) Perdona, sobrino, si es que lo has oido... ya nada tengo que ocultarte.
Fed. Si, si, que venga, que venga sin reparo ese buen hombre.
Sab. El no tiene la culpa, sino yo, que temiendo un poco á tu cabeza ligera...
Fed. Ya es él bueno, ya.
Sab. Y tan bueno; hace 18 años que nos tratamos.
Fed. (Sopla!)
Sab. Siempre me ha llevado las cuentas corrientes y en toda regla.
Fed. Lo supongo. Pero tambien le roba á usted la reputacion.
Tad. (*que ha llegado á la puerta del foro, y escucha el diálogo.*) Eh! (*saliendo.*) poco á poco, yo no le robo nada á nadie.
Fed. Jesus! qué escándalo! Y á su edad, ocultándose de todos, y en especial en el gabinete de una soltera!
Tad. Repito que no robo nada á nadie. En veinte mil duros consiste el capital que manejo de esta señora, y todos los años la doy puntualmente los intereses.
Fed. Veinte mil duros! Tia, tia! Y ha tenido usted valor de entregarle veinte mil duros á ese estafermo?..
Tad. Caballero! Cómo se entiende!
Fed. Largo de aqui, señor chupaguindas; mi tia no necesita de usted. Para manejar dinero, aqui estoy yo.
Tad. Lo creo; buen manejo tendria en manos de usted!
Fed. Tia, despida usted á ese hombre... ó voy á cometer un burricidio!
Sab. Señor don Tadeo, poco á poco; no le falte usted al respeto á mi sobrino.
Tad. Usted tambien, señora!
Fed. Ella tambien, si señor. Traiga usted inmediatamente esos veinte mil duros. Pues no faltaba mas!
Tad. Corriente, los traeré! Ponga usted su capital en manos de ese calavera, y antes de poco está usted arruinada. (*vase.*)

ESCENA XI.

Sabina, Federico.

Sab. (Ay! yo creo que me va á dar algo!)
Fed. Por fin nos hemos quedado solos, tia. Para qué necesitamos á nadie? Ya verá usted cómo manejo yo ese capital.
Sab. Pero el pobre don Tadeo no tiene la culpa.
Fed. Tia; perdone usted si el respeto ha detenido hasta ahora mi lengua, pero tengo que hacer á usted una confesion. (La cuento mis amores, hago que me preste una buena pacotilla, busco á la muchacha... y me caso.)
Sab. Habla, no tengas recelo ninguno.
Fed. Tia... yo estoy enamorado.
Sab. (Cielos, si se habrá enamorado de mi?)
Fed. El respeto no me permite declarárselo á usted.
Sab. (Justo, me ama! Por eso me dirigió antes tanto requiebro!)
Fed. No tome usted á mal, por Dios, esta confesion! (*acercándose.*)
Sab. (*con coqueteria.*) De ninguna manera; por qué? Todos tenemos nuestro corazon... (Pche... mucho costará la dispensa, pero en fin...)
Fed. Con que no la incomoda á usted mi atrevimiento?
Sab. Al contrario; le acojo... con mucho júbilo, querido Federico.
Fed. Oh! qué alegria! Pero hay una fatalidad...
Sab. Cuál?
Fed. Yo carezco de medios...
Sab. Qué importa? Yo tengo veinte mil duros, que son tuyos, desde este momento.
Fed. Mios! Mios! Tia, vale usted un Perú! Con que es decir, que podré casarme cuando quiera?
Sab. Si, Federico, si, cuando tú quieras. (Ay! qué casualidad! Al fin no moriré soltera!)
Fed. Bendita sea la hora en que tube la idea de acercarme á usted!
Sab. Y verás qué vida tan deliciosa nos pasamos.
Fed. Oh! Mucho! Mucho!
Sab. Te compraré una berlina de doble suspension.
Fed. No, mas vale una carretela abierta.
Sab. Pues, las dos cosas.
Fed. Justo, mejor son las dos cosas.
Sab. Iremos luego á mi casa de campo; alli tengo un jardinito precioso; árboles frutales, flores, madreselvas y arrayanes... Ya verás cómo aquel sitio convida al amor...
Fed. Lo creo; aquel sitio, veinte mil duros, y una muger adorada... qué delicia! (La tia será el único estorbo

para nuestros amores, pero no importa, poco puede vivir.)

Sab. Y dime... estás seguro de tu amor?

Fed. Segurísimo... amo con toda mi alma!

Sab. Pche... no me fio mucho de los jóvenes...

Fed. Puede usted estar satisfecha de que será mi felicidad.

Sab. Oh! y la mia!

ESCENA XII.

Dichos, Don Tadeo.

Tad. No dirá usted que no vuelvo pronto! La fortuna que está cerca de aqui mi casa. Caballerito, señora, aqui tienen ustedes el dinero en billetes de banco, y sepan ustedes, que no me dejo ultrajar por nadie.

Sab. Dispense usted, don Tadeo, el arrebato de Federico; ya se vé, su cariño...

Fed. (*despues de contar los billetes.*) Están justos.

Tad. Pero los va usted á dejar en sus manos?

Sab. Si... como regalo de boda. (Al fin han de ser para los dos.)

Tad. Cómo! Se casa?

Fed. Si, señor, me caso. Doy las gracias á mi tia, por el regalo que me hace; y la suplico aun, que me conceda otro favor.

Sab. Lo que tú quieras. Cuál es?

Fed. Que sea la madrina, en mi casamiento.

Sab. Cómo la madrina!

Fed. Será un nuevo obsequio, que la tendré á usted que agradecer.

Tad. Pero vamos á ver, quién es la novia?

Fed. La novia vive en Madrid; y aunque ignoro su casa, yo la encontraré á despecho de su tirano padre. Se llama Leonor de Bracamonte.

Tad. Qué oigo! Mi hija!

Sab. (Dios mio! Qué desengaño!) (*dejándose caer en el sofá.*)

Fed. Qué ha dicho usted? Leonor su hija! Con que usted es el padre intolerante que la hizo venir de Málaga, para sustraerla á mi cariño?

Tad. Si, señor; yo soy, yo soy; que no le conocia á usted, pero que tenia noticias de su mala conducta.

Sab. (Qué verguenza! Y yo que pude creer...)

Fed. Es decir, que tampoco accederá usted á mi boda?

Tad. Jamás!

Fed. Ni aun rogándoselo á usted mi tia, cuando ha visto lo interesada que está en ella?

Tad. Y con qué medios cuenta usted para mantenerla?

Fed. Pues hombre, no acaba usted de oir, que mi tia me regala los veinte mil duros, para que me case? Hable usted, tia, convenza usted al señor.

Sab. (Si lo descubro, voy á ponerme en ridículo. Ay! tendré que pasar por todo!)

Tad. Qué dice usted á esto, señora?

Sab. Que es cierto; que le regalo los veinte mil duros, para que se case, con la única condicion, de que me mantenga mientras viva.

Fed. Querida tia!

Tad. En ese caso, no tengo nada que decir; si mi hija está conforme...

Fed. No lo ha de estar? Ella me ama con delirio. Vamos á verla, señor don Tadeo, vamos á verla.

Tad. Hombre, déjeme usted coger el sombrero á lo menos.

Fed. Nada, nada; ya volveremos por él. (*se lo lleva por el foro.*)

ESCENA XIII.

Doña Sabina, *luego* Rosa.

Sab. Qué desengaño! Qué verguenza! Yo que me hice la ilusion de creerme amada! Perderla en un momento... y perder los veinte mil duros, que es peor!

Rosa. (*saliendo.*) Señora, señora, tengo que darla á usted una noticia. El señorito está enamorado.

Sab. Ya lo sé, Rosa; y en cambio de esa noticia, aunque tardia, te daré un consejo. Cásate, Rosa, cásate en el momento.

Rosa. Ay! de buena gana, si tuviera con quién.

Sab. Con el aguador, con el primero que pase, con cualquiera; el caso es encontrar marido; desgraciadas de las solteras que llegan á mi edad!

Rosa. Pues qué sucede?

Sab. Ay! los sobrinos, los sobrinos son la mayor plaga de la sociedad! Federico se casa... y yo le he regalado veinte mil duros para la boda!

Rosa. Ahora?

Sab. Ahora! Sabes el porvenir que me espera? Envolver sobrinos, menear la cuna, y sacarles á paseo los dias de fiesta! He aqui la ocupacion de las tias!

Rosa. Qué cuadro tan triste!

Sab. Busca novio, Rosa; si llegas á mi edad sin casarte ya sabes lo que te espera.

ESCENA XIV.

Dichas, Federico.

Fed. Ya la he visto, ya la he visto!

Sab. Jesus! pronto has dado la vuelta.

Fed. Cuando se va en alas del amor, se llevan locomotoras en los pies. Tia, ha hecho usted mi felicidad. Dios se lo pagará. Tambien yo se lo recompensaré á usted, no la dé cuidado. Su única dicha, su felicidad, consistia en tener un sobrino; pues bien, yo procuraré hacerla á usted tia... una docena de veces lo menos.

Sab. Ay! demasiado lo sé!
Dichoso el que está en la edad
de toda felicidad,
que yo hace tiempo pasé.
Si entonces los pocos años
no se aprovechan con tino,
despues nos manda el destino,
flaquezas y desengaños.
Y es lo que mas me atormenta,
de su gradacion impia...
servir solo... para tia,
cuando se cumplen cincuenta!

FIN.

MADRID, 1858.

IMPRENTA DE DON VICENTE DE LALAMA,

calle del Duque de Alba, núm. 13.